

BERLANT, Laurent: *El optimismo cruel*, traducción de Hugo Salas, prólogo de Cecilia Macón, Caja Negra, Buenos Aires, 2020, 470p.

Transcurrida casi una década desde su publicación original, ve la luz la traducción al castellano de la obra de Lauren Berlant *Cruel Optimism* (Duke University Press, Durham, 2011). No es casualidad que la responsable de su aparición sea la editorial argentina Caja Negra, que recientemente ha publicado otros títulos de autores también vinculados al *giro afectivo* de la filosofía y las ciencias sociales, como Sara Ahmed (*La promesa de la felicidad*, 2019) y José Esteban Muñoz (*Utopía queer*, 2020). Nos hallamos ante un importante indicio del creciente interés en el mundo académico hispanohablante —y muy especialmente en el ámbito latinoamericano— por el proyecto intelectual del *Affective Turn*, dedicado, como es sabido, al estudio de la emocionalización de la vida pública a través de una comprensión de los afectos dinamitadora de dicotomías propiamente modernas, como mente-cuerpo, público-privado, razón-emoción o acción-pasión.

Tal y como relata la propia Berlant en la introducción, si entre 1991 y 2009 escribió una trilogía sobre la sentimentalidad nacional norteamericana en los dos últimos siglos, *El optimismo cruel* “extiende estas preocupaciones en términos temporales y transnacionales y las trae al presente” (p. 21). Es en estas coordenadas en las que adquiere sentido el fenómeno que da nombre a la obra: el contexto neoliberal europeo y estadounidense de las últimas décadas, atravesado por la crisis de toda una serie de ideales de vida buena propios de la socialdemocracia fordista, como la meritocracia. A la elucidación del mismo Berlant dedica por entero *El optimismo cruel*, pero muy especialmente sus primeros capítulos (introducción, 1 y 2), de los cuales podría decirse que hacen las veces de marco conceptual. Los restantes (3-7) constituyen fundamentalmente lo que la autora denomina un “sensorio histórico” (p. 22), en el cual, a partir de ejemplos concretos extraídos

---

Recibido: 13/10/2020. Aceptado: 15/10/2020.

de la literatura, el cine y la televisión —desde los hermanos Dardenne, a Mary Gaitskill, pasando por Susan Sontag—, se acerca a los escenarios sentimentales que se originan a partir de los procesos de erosión de las fantasías sobre lo que constituye “tener una buena vida”.

Berlant, al igual que la citada Ahmed, se adhiere a una vertiente del giro afectivo que comprende las emociones en términos de prácticas sociales y culturales, carentes por sí mismas de valor positivo o negativo, vale decir, emancipatorio o reaccionario. Es por ello por lo que es posible que el optimismo sea *cruel*: no solo puede no ser un motor que impulse a la acción, sino que incluso puede constituir una instancia sancionadora del *statu quo*. Más concretamente, Berlant apunta que el optimismo deviene cruel cuando “adopta la forma de un doble vínculo afectivamente paralizante: por un lado, con una serie de fantasías que obstruyen las satisfacciones que ofrecen y, por otro, con la misma promesa del optimismo en sí que dichas fantasías vendrían a representar” (p. 103). La crueldad del optimismo se experimenta así cuando la persistencia en el objeto o escena que representa la promesa de vida buena es, paradójicamente, contraproducente para alcanzar aquello que se desea. La relación de optimismo cruel ocurre, en definitiva, cuando el sujeto fetichiza las fantasías convencionales de buena vida aun cuando le resultan difíciles de sostener ante la tozudez de la realidad, de tal manera que su obstinación acaba suponiendo en realidad un obstáculo para su desarrollo personal.

A lo largo de estos primeros capítulos, Berlant describe, por tanto, el fenómeno del optimismo cruel como “una relación de apego a condiciones de posibilidad comprometidas, cuya concreción resulta *imposible*, pura fantasía, o bien *demasiado* posible, tóxica” (p. 58). Esto es, no se trata solo de que los sujetos sostengan determinados afectos incluso cuando estos supongan una amenaza para su bienestar, sino, *a fortiori*, de que si se aferran a ellos es, en muchas ocasiones, porque no podrían soportar la pérdida de su objeto o escena de deseo, por perjudicial que fuese. La crueldad de los objetos que prometen la vida buena reside también, por lo tanto, en que la posibilidad de su pérdida se asocia al sentimiento de incapacidad de experimentar optimismo frente a todas las cosas, ya que la continuidad de la forma de dichos objetos guarda íntima relación con la continuidad de la confianza que el sujeto tiene en lo que significa estar viviendo en el mundo proyectándose hacia el futuro.

A lo largo de la obra, Berlant se detiene en algunos casos concretos de objetos que suscitan optimismo cruel y que ponen de manifiesto hasta qué punto este fenómeno adquiere un sentido histórico relevante bajo las condiciones actuales de desgaste de las estructuras de confianza en el mundo: la movilidad social ascendente, la estabilidad y la seguridad laboral, la igualdad política y social o la

intimidación feliz y duradera, por nombrar algunos de ellos. En un contexto en el que la precariedad y la inseguridad trascienden las fronteras del mercado laboral y se constituyen como ejes que vertebran la experiencia del presente, en el que “las prácticas económicas neoliberales parecen recurrir a esta inestabilidad en una escala sin precedentes” (p. 351), la propia idea de vida buena, en la que convergen los ideales citados, se convierte en la principal fantasía responsable del optimismo cruel.

La idea de Berlant es que “[e]n la medida en que dicha fantasía se ha vuelto *más* fantasmática, debido a que guarda cada vez menos relación con el modo de vida de las personas [...], su padecimiento se manifiesta en un conjunto de convenciones estéticas que afirman un realismo afectivo ligado a ritmos de supervivencia encarnados y afectivos” (pp. 35-6). Es por eso por lo que *El optimismo cruel* recurre al conocimiento estético como herramienta privilegiada para capturar las tensiones entre fantasía y realidad que experimentan los sujetos contemporáneos: a partir de una serie heterogénea de personajes extraídos del cine, la televisión, la literatura y los medios de comunicación, la autora intenta ofrecer modelos que permitan entender el comportamiento y las vidas de los sujetos reales. Todos estos arquetipos comparten un rasgo común: se ven forzados a desarrollar estrategias de supervivencia y de adaptación, de improvisación en respuesta a la sensación creciente de contingencia que se deriva del deterioro posfordista de las fantasías acerca de qué significa vivir bien.

Precisamente este recurso al conocimiento estético como herramienta metodológica, a través de la cual Berlant pretende trazar el “sensorio” del presente, hace de *El optimismo cruel* un libro complejo, en el que se entrelazan diversas historias y modos de encarar los desengaños que producen los ideales sociales heredados de la época anterior. La estética se presenta en la obra como un modo de acceso privilegiado a las relaciones que establecen los sujetos con el mundo, pues no solo constituye “el lugar donde reacondicionamos nuestro sensorio”, sino que también “nos ofrece parámetros que nos permiten entender cómo espaciamos y alternamos nuestros encuentros con las cosas, cómo gestionamos la excesiva cercanía del mundo y el parejo deseo de causar algún impacto en él que guarde relación con el que causa en nosotros” (p. 37). Junto al análisis estético, Berlant presenta su particular teoría de los afectos entremezclada con las herramientas de la crítica marxista y la biopolítica —especialmente en el capítulo dedicado a la “muerte lenta”—, además de otras *teorías críticas* como son la teoría *queer*, el psicoanálisis, las teorías antirracistas, la deconstrucción o los estudios sobre la subalternidad.

En definitiva, se podría concluir que *El optimismo cruel* contribuye a la deconstrucción de algunas concepciones de los afectos que resultan políticamente

paralizantes. La creencia según la cual existen afectos emancipadores por sí mismos (en su máxima expresión, la criticada vertiente del giro afectivo que representa Brian Massumi) entra en crisis toda vez que queda puesto de manifiesto cómo el optimismo puede constituir una relación de negación del sujeto con el estado de cosas vigente. El optimismo cruel, al que se ven atados los sujetos cuando en los circuitos precarizantes del capitalismo neoliberal se aferran “[a]l deseo mínimo y sencillo de seguir estando dentro del juego” (p. 322) a cualquier precio, normalizando las condiciones de su explotación, revela el carácter políticamente reaccionario que puede tener dicho sentimiento. Pero, además, como señala Cecilia Macón en el prólogo del libro, frente a la recurrente asociación de ciertos fenómenos políticos con la emocionalidad como argumento descalificativo (como sucede, en el caso de EE. UU., con el trumpismo), la asunción del giro afectivo supone reconocer que “toda política es siempre emocional” (p. 16), y no solo la que no nos gusta. Trump, a ojos de Berlant, no solo habría sido un gran entendedor de la dimensión afectiva de la política, sino más concretamente un hábil reconstructor del relato del “sueño americano”, en definitiva, un experto en generar adhesión a promesas destinadas a frustrarse.

María Tocino Rivas